

El Nuevo Pacto Social, la criminalización de los movimientos sociales y la "ideología de la seguridad"

Susana Murillo, 1 Octubre, 2004 - 15:09.

El interrogante que guía estas líneas se refiere a cuáles son las condiciones de posibilidad que hacen a la creciente criminalización de los movimientos sociales y los actos de protesta en América Latina y al mismo tiempo -de modo aparentemente paradójal- la convivencia de este fenómeno con otro de carácter acontecimiento: se trata de la emergencia de marchas de protesta, “pacíficas”, “silenciosas”, “sin banderas políticas”, que reclaman “seguridad”. Éstas no son denostadas o criminalizadas por los medios, sino mostradas en una secuencia sintagmática que propone de manera subliminal la razonabilidad de los reclamos. El objeto de estas exigencias (autodefinidas como “apolíticas”) son “los políticos” y en particular “el parlamento”. La finalidad de los reclamos es “mayor seguridad”. Así entonces nos encontramos con una situación de apariencia contradictoria: “la política” y “los políticos” son denostados, los políticos y la policía son con frecuencia acusados de corrupción y de convivencia con fuerzas paramilitares responsables de actos represivos o secuestros extorsivos (es por todo ello que las marchas se autodefinen como “apolíticas”), el Estado es caracterizado de “ineficiente”; sin embargo es a los políticos y al Estado a quienes se les hace el reclamo de mayor seguridad. Dos tipos de enunciados aparentemente contradictorios conviven en las prácticas de una parte de las poblaciones, ambos en el nivel de la conciencia. Esa contradicción simplemente es la punta de un iceberg. El indicador de un proceso profundo y complejo de representaciones y prácticas que suele llamarse “ideología” (Hall, 1998; Zizek, 2003).

La hipótesis que subtiende estas páginas sostiene que tal proceso supone la construcción de un nuevo pacto social el cual implica un nuevo lugar del Estado y la ciudadanía. La fundamentación de tal hipótesis involucra un proceso complejo que en la corta duración remite al 11 de Septiembre de 2001 momento en el cual se desata el “neoliberalismo de guerra” (González Casanova, 2002: p. 178/9); en la media duración reenvía a la estrategia política iniciada por la Comisión Trilateral respecto de América latina en la década del 1970, en coincidencia con la mutación histórica que se estructura en ese momento a nivel mundial; y en la larga duración se sustenta en los fundamentos mismos del orden capitalista. Así el fenómeno, variado según las regiones, demanda interrogarse por varios ejes y en tres temporalidades diversas.

Desde el pacto de sujeción a la constitución del pacto de unión

En la perspectiva de la larga duración, es posible afirmar que el Estado ha jugado en las sociedades capitalistas un lugar central en la gestión de la vida y la muerte de las poblaciones, a través de la gestión de los cuerpos que es lo más cercano y lo más extraño que somos aquéllos que pertenecemos a la condición humana. La gestión de los cuerpos se constituye en la gestión de los espacios y la constitución de la espacialidad hace a la construcción de la temporalidad y la posibilidad de proyectos, sin los cuales no es posible hablar de hombres en el cabal sentido de la palabra.

El estado moderno no es substancia sino un estado de las relaciones sociales que se expresa en discursos e instituciones que son instituyentes a la vez que instituidas a partir de complejos entramados de fuerzas. La acción del Estado moderno se sustentó jurídicamente a partir del siglo

XVII en un “pacto de sujeción” que asumió el “estado de guerra” como un proceso latente de modo permanente que debía ser limitado a través de la fuerza. El siglo XVIII asistió al triunfo de las burguesías en buena parte de Europa y con ello se produjo una reconfiguración del pacto social; con notable agudeza advertía Rousseau que “la fuerza no crea derechos”, de ahí entonces la necesidad de construir un pacto de unión, cuya base radicase en el lazo moral como fundamento del lazo social. La violencia directa extraeconómica debía reemplazarse por métodos persuasivos que hiciesen a la construcción del ciudadano. El pacto de unión supone, al menos en el nivel de la retórica, la soberanía popular, la igualdad de derechos, la separación de política y economía así como el papel de árbitro neutral del estado y su soberanía sobre el territorio. El pacto de unión supuso la construcción del ciudadano constituyente del cuerpo moral o voluntad colectiva. La contracara de este lazo moral fue la gestión de los cuerpos y la vida; pues el pacto de unión puso en evidencia la cuestión social, la cual no ha consistido sino en el abismo existente entre los derechos proclamados y la realidad efectiva que los deniega para grandes masas de la población mundial (aun cuando en la retórica de los organismos internacionales se los proclama). Lo social como red que sostiene y contiene las diferencias es una construcción que emerge precisamente de ese déficit (Donzelot, 1994). El conflicto social en sus variadas dimensiones sólo es un “síntoma” que expresa esa cuestión jamás resuelta y que parece irresoluble en términos del sistema. Los modos en que la cuestión social ha sido abordada para su corrección han variado con las correlaciones de fuerzas a lo largo de la historia del capitalismo y han supuesto, desde su emergencia la formulación de diversas estrategias. Sobre una matriz médica la última parte del siglo XIX verá crecer (aunque de modo desperejo según las regiones) en el campo de la criminología, la educación o el control de la sexualidad, prácticas de gobierno de sí mismos por partes de los sujetos. El diagrama de poder tendió entonces a la gestión de la vida y la denegación de la muerte (denegación (1) de la representación frente los hechos, tal como lo muestra la cruenta historia del siglo XX). El pacto de unión se reformula luego de la segunda guerra mundial (aunque con antecedentes luego de la crisis de 1929) a través de una fuerte alianza entre Estados, empresas y sindicatos. Ese pacto implicó una parcial integración de la fuerza de trabajo a ciertos derechos sociales, aunque no de modo homogéneo en todas las regiones; por otra parte el acceso masivo a la educación y al trabajo que gestionaba la vida generó cuerpos colectivos resistentes que cuestionaron de diversos modos en las décadas del '50 y '60 el orden establecido. El concepto de ley universal e imperativo categórico subyacentes a las diversas modalidades del pacto de unión, producían no sólo obediencia sino también rebeldía en nombre de la ley trascendente e igual para todos. Ello ocurría en medio de un complejo entramado de fuerzas que incluían el conflicto entre la URSS y el mundo capitalista y las controversias entre los países centrales y los pertenecientes al tercer mundo.

Del consenso por terror al nuevo pacto basado en el consenso por apatía.

En la mediana duración los años '70 implican el comienzo de una reconfiguración de las relaciones de poder y con ello la totalidad de las relaciones sociales, políticas, culturales y económicas. El proceso implicaría, como veremos la reconfiguración de las memorias históricas a nivel colectivo. La memoria histórica es un presente que posibilita proyectos. Desde una perspectiva sociotécnica la compleja red que parecía amenazar a la seguridad de las empresas fue reducida a través de cambios en los patrones de acumulación, posibilitados por la denominada “tercera revolución industrial” que a través de las nuevas tecnologías (biotecnología, complejo electrónico y nuevos materiales) permitió desde fines de los '60 como nunca antes en

la historia hacer frente a los tres obstáculos fundamentales a la acumulación de capitales: los límites de la fuerza de trabajo, la energía y las materias primas. Esa transformación en el paradigma productivo fue una respuesta a las limitaciones que el modelo de acumulación experimentaba cíclicamente. Ella gestó unos procesos que hoy son visibles: la creciente concentración de capitales y junto a ella la desocupación y fragmentación laboral, pero también la pérdida de la seguridad alimentaria, de la privacidad (merced a la formación de grandes bases de datos), el desarrollo de armas de destrucción masiva, la desertificación de amplias zonas del planeta y las realización operaciones financieras en medidas superiores a las transacciones comerciales. Todo ello coadyuvó a la consolidación de empresas transnacionales que exigen para la valorización de capitales la abolición de fronteras territoriales a fin de facilitar el flujo de mercancías, fuerza de trabajo, organizaciones represivas e información (factor vital en un paradigma productivo en el cual el conocimiento es el insumo fundamental).

Desde una perspectiva política, en el contexto de la naciente transformación de los patrones de acumulación, a fines de los '60 surge una organización no gubernamental, de particular importancia para América Latina: la Comisión Trilateral. Ella se constituye en 1973 a partir de la iniciativa de empresarios y políticos quienes liderados por David Rockefeller plantearon una estrategia tendiente a la constitución de un mundo más interdependiente; el planteo intentaba hacer frente a la creciente bipolaridad de entonces que era percibida como un peligro para EEUU, al igual que la asimetría entre quienes conformaron la Trilateral (Japón, Europa y EEUU) y la supuesta pérdida del poderío militar norteamericano. Estos procesos se complementaban con el crecimiento de la deuda externa norteamericana y el desarrollo de movimientos de liberación en diversos países del tercer mundo; en ese marco la pobreza en estas naciones comenzó a ser percibida como peligrosa en tanto podía impulsar alianzas entre naciones poseedoras de recursos estratégicos a nivel de energía y materias primas (Corbalán, 2002: p. 30 y ss.). La interdependencia comienza a ser vista como una necesidad por parte de los países dominantes y las megaempresas. Respecto de América Latina la Comisión Trilateral afirmaba que los países de la región comenzaban a actuar de modo más independiente que en el pasado y que era necesario trazar una estrategia nueva respecto de la intervención armada en los conflictos de la región, así como en la solución del llamado problema de la "governabilidad". Ésta, según el criterio de algunos trilateralistas, se vería facilitada a partir de la construcción de un "consenso por apatía", donde la existencia de poblaciones marginales podría disminuir las resistencias. En tanto se afirmaba que "un exceso de democracia significa un déficit en la gobernabilidad" (2), se sostuvo que era necesaria una reconfiguración de los modelos de pensamiento, de política, de autoridad, de cultura y de relaciones sociales, transformación que sería dolorosa de modo innegable. Esta estrategia se inicia en América Latina de modo emblemático con el asesinato del presidente Allende(3). Los conceptos de la Comisión Trilateral alimentarían las políticas del Banco Mundial para América Latina.

Así en los '70 la cuestión social es reformulada y el viejo pacto de unión (a la par que el Estado que lo sostuvo) comienza a ser desacreditado; ello se consolida cuando tras el Consenso de Washington la dama de hierro parecía parafrasear al filósofo sentenciando: "lo social ha muerto". Las dictaduras que asolaron América Latina pueden ser leídas en este contexto de transformaciones que tenían como uno de sus objetivos la liquidación de las soberanías - aunque a menudo débiles- de los estados nación en la región y la construcción de un consenso por temor. Sin embargo, los avatares del nuevo paradigma sociotécnico requerían de sujetos flexibles en los que la ilusión de libertad y autonomía los indujesen al consumo. Las dictaduras son un límite (al modo de las cuarentenas del siglo XIX) para el libre flujo de mercancías, personas e

información. El consenso por temor no implica una adecuada economía de poder, tal como Rousseau lo había planteado en 1762

De ese modo en los '80, paulatinamente se produjo la emergencia de las llamadas “democracias” en varios países del continente y el surgimiento de un nuevo pacto social. Ello comportó nuevas formas de control e intervención por parte de EEUU. Así en 1982 se creaba la Comisión Bipartita para Centroamérica bajo la presidencia de Kissinger. La Comisión se propuso estudiar los intereses de EEUU en la región y las amenazas a los mismos, así como las medidas a largo plazo que mejor los favoreciesen tomando en cuenta los aspectos sociales, económicos y “democráticos” de la región; la Comisión “también debía aconsejar sobre los medios de conseguir un consenso nacional sobre una política global de los EEUU para la región” (Ronald Reagan, 1983: p. vii). En el reporte de la comisión una palabra que poco a poco atravesaría todas las relaciones políticas se hace presente: “urgencia”. El informe sostenía que “cualquiera que sea el costo a corto plazo por actuar ahora, será mucho mejor que el de largo plazo”(Comisión Bipartita sobre Centroamérica, 1983: p. 2). El acento en el “ahora”, la “urgencia”, la “decisión” son significantes cuyo sentido se advertirá más tarde, pero que tienen peso ya en los '80. La Comisión emprendió una serie de viajes al exterior que la pusieron en contacto con hombres de gobierno, empresarios, maestros, militares, clérigos, líderes indígenas, técnicos en salubridad y todo tipo de “ciudadanos corrientes” de países como Venezuela o México.

Este movimiento heredaba la visión trilateralista que aconsejaba evitar una conducta unilateral de los estados de países poseedores de recursos estratégicos y lograr la conducción colectiva de las relaciones internacionales por parte de los países centrales con clara hegemonía de EEUU. Para ello era necesario reconfigurar las instituciones nacionales e internacionales ya existentes y crear otras nuevas. Se iniciaba según los trilateralistas una nueva ola de instituciones. Se reinventaba la política al tiempo que se deshacía lo social. La reinención valorizaba fundamentalmente el lugar que ciertos “hombres clave”, (líderes locales ligados al *stablishment* internacional que comenzaba a conformar un comando mundial), podían jugar en los países llamados “en desarrollo”. Estos hombres clave (provenientes preferentemente de partidos con tradición popular) a partir de lazos informales debían lograr transformaciones institucionales rápidas en países renuentes a hacerlo. Estas transformaciones eran las propuestas formuladas en el Consenso de Washington y suponían que los estados nación de países “en desarrollo” (poseedores de materias primas y recursos estratégicos) debían reconfigurarse adoptando fundamentalmente dos funciones: la primera sería la de facilitador de las acciones de las empresas multinacionales a través de normativas jurídicas acordes al carácter flexible e integrado del nuevo paradigma productivo, liberación de los flujos de información, desregulación y flexibilización de las fuerzas laborales, privatización de empresas y tierras públicas entre otros. La segunda función que debían adquirir estos estados nacionales era la de policía local pues la desocupación masiva y la precarización laboral generarían inevitablemente resistencias.

Las democracias de los '90 implicaron el intento de consensuar este nuevo pacto social que debía aunar el uso de la fuerza, la violencia directa extraeconómica del viejo pacto de sujeción con el consenso moral propio del pacto de unión. El nuevo pacto social se basó en el consenso por apatía. Los procesos políticos, económicos y sociales fueron delineando una estrategia en la que poco a poco se fue constituyendo una democracia basada en un consenso fundado en el desinterés por la política, el cual tiene su fundamento más profundo en el terror asentado en el

hecho de que desde los '70, el estado había cesado paulatinamente de gestionar la vida, para gestionar la muerte.. Este consenso se constituye a través de varias capas arqueológicas, que remiten a un pasado presente y vivo aunque a menudo desconocido para los sujetos. ¿Cuáles son esas capas que constituyen las nuevas formas del consenso?. La mención de las mismas no supone precedencia histórica, todas habitan al mismo tiempo la memoria y cada una de ellas se configura y reconfigura en momentos diversos o simultáneos, lo central es la materialidad de sus efectos en los cuerpos. Enunciaremos estas capas, pero su orden de exposición es lógico, más que cronológico (aun cuando la cronología no queda aquí definitivamente excluida).

La represión armada, la tortura y desaparición de personas conforman una primera capa, sostenida en las dictaduras militares y resignificada particularmente a partir del 2001 con la emergencia del denominado “neoliberalismo de guerra” (González Casanova, 2002) . Las dictaduras en los '70 sirvieron no sólo para integrar a América Latina a las transformaciones productivas y políticas, sino que el terror construido en ese período fue un elemento central para modificar la cultura y los hábitos en la población. Terror que se resignifica en situaciones de incertidumbre existencial tal como la falta de trabajo o los escenarios televisivos en los que la violencia es el sentido que se constituye en la articulación de significantes. Esa primera capa de la memoria colectiva generó y genera un profundo temor a todo lo que pueda caracterizarse como “actividad política”, pues ella puede connotar peligro de muerte. Un segundo tiempo lógico de este proceso consiste en la denegación de la muerte y el genocidio, precisamente por el horror que él produce, particularmente por la falta de cuerpos. La muerte y peor aún, la denegación de la muerte, parecen operar sobre la memoria colectiva. La denegación de un hecho, conlleva, como lo ha explicado hace mucho Freud, el rechazo de todo aquello que asociativamente se vincule con él. Esa denegación opera borrando de la memoria histórica todo un proceso pero además liga asociativamente de modo inconsciente a ese horror, la actividad política. De ese modo en muchos sujetos a la hora de efectuar entrevistas surge la desvalorización de la política y “los políticos”(Murillo, 2003). Las respuestas sugieren rechazo y una especie de temor a ser vinculado con cualquier actividad política. Lo político está cercano asociativamente con la muerte y el horror, se produce así el silenciamiento de la memoria histórica en el análisis del presente. Un tercer tiempo lógico- histórico lo ubicamos en las democracias de los '80 y las frustraciones que ellas engendraron tanto a nivel económico como político. En el caso de Argentina por ejemplo el terror fue reagudizado por la hiperinflación que resignificó los terrores del genocidio por la sensación de vulnerabilidad que produjo en los sujetos. Todo ello resignificó el rechazo, ahora no sólo a las actividades políticas, sino a los "políticos" quienes comenzaron a formar una “clase”. Este proceso inconsciente opera como soporte sobre el que ancla una cuarta capa de la memoria: el show mediático de los '90 que, unido al feroz socavamiento de lazos encarnado en el tráfico de drogas, fortaleció la denegación de la muerte (ahora por hambre, carencia de trabajo y falta de cobertura social) en la promesa maníaca de una fiesta perenne, encarnada en la imagen de personajes ubuescos (4) a quienes, indudable y obscuramente, muchos deseaban parecerse como forma de rescatarse de la nada, del horror, de la falta. El “encanallecimiento cultural” y la “norteamericanización de la cultura” (Anderson, 1998) que floreció en los '90 ofreció figuras de políticos, artistas y empresarios que se mostraron y ofrecieron como modelos de una especie de completud parmenídea que encarnaba lo otro de la muerte que se denegaba. La muerte fue denegada y la figura del político, el artista, el empresario o el deportista que se presentaba en un mundo de suntuosa perennidad, ofrecía imaginariamente el ingreso a la vida eterna, a la juventud interminable, de ese modo se

investían de una completez imaginaria. Este proceso a la vez que denegaba la historia pasada y coadyuvaba a destituir viejos lazos societales, inducía al consumo de cualquier tipo de chatarra importada por las megaempresas, consumo que imaginariamente colocaba a los sujetos en lugar del otro poderoso que se salvaba de la muerte. Con ello la apertura de las importaciones encontraba su camino de apoyo en una ciudadanía, que en muchos lugares no vacilaba en apuntalar de modo tácito o manifiesto las privatizaciones que figuras superpoderosas ofrecían de las maneras más burdas o “razonables” desde los medios de comunicación.. La alianza estratégica entre el “mundo del espectáculo”, el de la política y el de la empresa, facilitó la acción de esos “hombres clave” que los trilateralistas habían pensado y que ahora organismos internacionales como el Banco Mundial o el FMI utilizaban para realizar las transformaciones institucionales.

Así se instaura en varios países de la región (Argentina, Perú) un nuevo modelo de Estado y de ejercicio de la política caracterizado como “neodecisionismo”, el mismo está basado en un reforzamiento de poderes presidenciales, a partir de la transición de regímenes autoritarios a democráticos y del estatismo económico al libre mercado. La arrogación de facultades discrecionales por parte del Ejecutivo se encarna en líderes pertenecientes a movimientos de tradición popular. La legitimidad está basada en la respuesta a la demanda de decisión eficaz y la aquiescencia popular manifestada como consenso difuso o apatía ciudadana, en un contexto democrático y de sufragio popular. Se centra en el poder simbólico del líder portador de una “promesa de redención y en una elite “eficiente” en lugar de las reglas de juego acordadas socialmente. Descalifica los valores contractualistas y parlamentaristas y la diferenciación entre esferas pública y privada. En lo jurídico opone la excepción a la norma y como consecuencia la fuerza de lo fáctico al orden legal impersonal. Ello implica un balance entre dos lógicas contradictorias: “legitimación” y “represión” (Bosoer y Leiras, 1999). Las prácticas neodecisionistas posibilitaron en los '90 la ejecución de políticas que saquearon las riquezas en Latinoamérica, sus diversos puntos de apoyo tuvieron un eje: la urgencia, la necesidad, el ahora que exige la suspensión de toda mediación reflexiva y de procesos de deliberación para el consenso. La suspensión de los procesos deliberativos, supone el inmediato pasaje al acto y ello comporta la delegación en otros “ que saben” el proceso de reflexión para la toma de decisiones. Esos otros pueden o no tener presencia pública, pero siempre están representados en figuras emblemáticas cuya marca es el éxito que remite a la completud que salva de la muerte. Sin embargo la completud no existe y el único infinito que domina el sistema es el del gusano que se come a sí mismo. La muerte denegada en la compulsión maníaca que transformaba cualquier relación en mercancía, afloró sin embargo ya no como representación de ajenidad sino como ecuación insoslayable en el hambre, las enfermedades, la desnutrición, la pérdida de la soberanía alimentaria.

Desde el consenso por apatía al consenso en demanda de “seguridad”.

Desde la perspectiva de la corta duración el año 2001 sancionó ya a nivel regional e internacional las grietas imbatibles de las estrategias trazadas en el mediano plazo en los '70. Tal como lo viera Aristóteles en la política hablando de la crematística artificial, la búsqueda de la ganancia por sí misma es de carácter infinito, pero ese infinito desmembra en pedazos a la polis. Desde comienzos de los '90 empezaban a estallar como hormigueros luchas dispersas contra los ajustes y privatizaciones (Seoane y Algranati, 2002). El 2001 marca junto a la visibilidad de los efectos

destructivos del modelo económico, el inicio del fin de la legitimidad política del nuevo pacto social basado en el consenso por apatía (lo cual no implica que la apatía haya sido desterrada sin embargo). La tan deseada gobernabilidad hizo aguas en todas partes del continente y ello se hizo visible en la profundización de las protestas sociales y en el 2002 “la agudización de ciertas modalidades confrontativas en desmedro de las protestas demostrativas” (Seoane y Taddei, 2003: p. 67), así como triunfos electorales de coaliciones que intentaron en algunos países confrontar, aun con limitaciones, con el modelo neoliberal

Entonces las mismas figuras que habían sido cargadas de valor simbólico en tanto ofrecían la ilusión de salvación, cuando el paraíso prometido mostró su fracaso inevitable, se trocaron en la encarnación de todos los padecimientos. Este nexos inconsciente emerge cuando se constata que de manera muy generalizada “política” es asociado con los personajes o figuras ligadas al proceso democrático, personajes a quienes muchos ciudadanos sostienen que no desearían parecerse, ellos son “los políticos”. La articulación subjetiva entre “política”- “políticos”- “corrupción” remite a las figuras de hombres clave de carácter público que actuaron en los ’90. La caída de las ilusiones transformó a quienes las encarnaban en el demonio que representa todo aquello de lo que se quiere huir (la muerte en última instancia). No obstante en algunas entrevistas se constata que a menudo esas figuras denostadas son otro como quien – a pesar de todo- se querría ser; así en algunos relatos de sujetos atravesados por la miseria y la violencia, la figura de los mismos “hombres clave” que son acusados de todos los males aparece, casi contradictoriamente, como una especie de ser todopoderoso, algo así como una figura demoníaca, que en su omnipotencia podría volver, “traer todo lo que se llevó” y “salvar a todos” (Murillo, 2004).

Esa figura todopoderosa es así de algún modo idealizada por su poder y odiada a la vez que anhelada pues ella representa aquello que se desea ser y tener, aquél en cuyo lugar se desearía estar, al tiempo que se reifica en él la causa de los propios males. ¿Pensamiento mágico?. En el primer párrafo de este texto aludíamos al concepto de “ideología”. Ella no opera a nivel inconsciente, sino en representaciones, que, en el nivel de la consciencia, pueden ser contradictorias entre sí, pero que no se molestan mutuamente. Ideas que no son meras representaciones sino el espesor mismo de las prácticas subjetivas.

Estas representaciones ideológicas expresan los efectos de una política que actuó en un primer acto con el terror y en un segundo acto de modo neodecisionista reduciendo paulatinamente en fragmentos de la memoria colectiva la posibilidad de pensar al mundo como tarea en la que todos estamos involucrados y que nos sumió en una vivencia pasiva del tiempo en la que un ángel salvífico y al mismo tiempo objeto de temor podría determinar el curso de las cosas. Se trata de una forma post- moderna y post- social del pensamiento mágico que obvia las relaciones históricas, los procesos en su complejidad, sólo abreva en algunos efectos de dichos procesos y los articula de modo que otra vez se deposita la esperanza de salvación en una figura que desde afuera podría obturar todas las faltas.

Es sobre esta vana ilusión que en el 2004 se asientan los “reclamos apolíticos de seguridad” a “los políticos”. Es sobre esta compleja trama que se asienta la contradicción enunciada en el primer párrafo de este texto. Así los mismos sectores empobrecidos y devastados por las estrategias del neoliberalismo reclaman “seguridad” a las mismas instituciones que repudian. El núcleo de sus reclamos es el terror, un terror que reconoce diversas fuentes: el genocidio, la

desocupación, la precarización laboral, la oferta de objetos de consumo y de un mundo de completud al que no se tiene acceso, la inseguridad construida por empresas que lucran con la venta de inseguridad (Auyero, 1999), la flexibilidad constante de una vida que no ofrece espacio donde apoyarse o abrazo que contenga, la sensación creciente y cierta de ser prescindible en lo laboral, en lo político, en lo afectivo debida a la desactivación de redes sociales. Todo ello genera una profunda incertidumbre antropológica que genera angustia, frente a ella emergen fuertes sentimientos de violencia en los sujetos. La violencia introyectada es a menudo no registrada (denegada) y volcada contra sí mismo (aumento del número suicidios, alcoholismo, adicciones diversas) o contra los otros en los que la causa del terror es reificada. Así el pobre, el joven y el no- blanco emergen como los posibles causantes de todos los males y los pedidos de justicia son acompañados por el reclamo de baja en la edad de imputabilidad y en diversas medidas que tiendan a la mano dura. Las diatribas contra organismos de Derechos Humanos, el pedido de voto calificado y el más abierto racismo se expresan en algunos líderes de esas marchas “apolíticas” lideradas, en algunos acasos, por figuras vinculadas a represores de la década del '70. El terror obtura las mediaciones reflexivas y el alma pide a gritos una mano dura, que mediada por una ley establecida sin muchas deliberaciones, opere sobre los otros la muerte que como ecuación insoslayable deja de ser una representación de ajenidad. La angustia que revela tal violencia verbal o física, que reclama legalizar la represión se sostiene además en la caída de unas normativas universales, previsibles y transparentes, y su reemplazo por una legalidad basada en la urgencia, el pragmatismo y excepción. Buena parte de la población se involucra de ese modo en operaciones de vigilancia y denuncia de los posibles delincuentes que generan inseguridad (Zuluaga Nieto, 2003). La misma es retroalimentada desde los medios de comunicación, que han venido a ocupar en buena medida el lugar de los dispositivos disciplinarios en su papel de intervención moral en la vida doméstica. Los medios conforman una nueva manera de intervención extralegal, que ante situaciones conmocionantes constituyen rápidamente un “consenso espontáneo” en la población (Foucault, 1991). La explicación de la relación entre la exposición de violencia en los medios y su influencia sobre las actitudes subjetivas no es unánime, pero investigaciones empíricas en el marco de la teoría del cultivo ponen el acento en su influencia en la percepción de la sociedad más que en alteración de comportamientos, siendo la variable más destacada la forma de presentación de la violencia. (García Silberman y Ramos Lira, 1998). La exposición de casos de violencia conmocionante, tiende a reproducir la experiencia vital del espectáculo simplificando la estructura narrativa en un esquema polar bueno-malo (Fernández Pedemonte, 2001). Esos casos funcionan como alarmas sociales y señales de largada de olas de violencia mediática condicionantes del sistema político (Michaud, 1989; Gaarland, 1996).

Estos procesos subjetivos que atraviesan a buena parte de la población en Latinoamérica y que, como apenas esbozamos, tiene una compleja genealogía, vienen a transformarse así en el sostén sobre el que se legitima una profunda transformación del Estado que implica un nuevo pacto social que supone: 1) La explícita diferencia entre países desarrollados y en desarrollo, así como la “minoración” explícita de los estados de estos últimos (Banco Mundial, 1999: p. 1) y, para el caso de América Latina la clara hegemonía económica, cultural y militar de EEUU en la región. 2) La pérdida de la soberanía estatal de los “países pobres”, de modo tal que en ellos la misma es delegada explícitamente en organismos internacionales que funcionan como un verdadero comando mundial a través del cual condicionan las políticas locales mediante la intervención de sus “hombres clave” en la enajenación de las riquezas y la construcción de una deuda externa

que limita la autodeterminación de esas naciones. 3) La abolición de la tradicional distinción entre economía y política y la desaparición, de modo explícito del carácter neutral del Estado, el cual ahora es de modo manifiesto un facilitador de las megaempresas bajo la retórica que sostiene su incapacidad y por el contrario las bondades del mercado (Banco Mundial , 1997). 4) La función local del estado como policía de gestión del riesgo social, lo cual implica por un lado abandonar las tácticas individualizantes de poder y monitorear grupos que presenten grados diversos de peligro para el accionar del mercado; estos grupos son construidos en base a indicadores establecidos por los organismos internacionales tales como la edad, el sexo, la ocupación, los vínculos personales, la educación (Banco Mundial, 2000). La gestión del riesgo apunta a grupos posibles que son monitoreados estadísticamente. Aquéllos que realizan acciones que atacan lugares o posiciones neurálgicas para las megaempresas son reprimidos sin claudicación. Pero esta represión se lleva a cabo en un sistema “democrático” que entre tanto deja áreas liberadas, donde parece imperar una cierta tolerancia, ello comporta sobre todo a nivel urbano una fuerte “despacificación” (Wacquant, 2001: p. 111) de los vínculos sociales que retroalimenta la incertidumbre de los sujetos y desde allí el pedido de mano dura que se aplica a los grupos peligrosos para el comando mundial. La gestión del riesgo supone la intervención directa que llega hasta la represión manifiesta sólo cuando los grupos de riesgo afectan centros neurálgicos para las empresas transnacionales. Esta función de policía local es complementaria de la policía mundial que actúa como un verdadero ejército imperial, allí cuando en algún lugar surgen conflictos neurálgicos para el orden económico internacional. 5) La caída del concepto de ley universal y el resurgimiento del positivismo jurídico, ello da lugar a la flexibilidad y el pragmatismo de las leyes (Banco Mundial, 1999- 200) lo cual posibilita las innovaciones necesarias al mercado, por un lado y por otro permite la rápida intervención represiva allí cuando se ve atacado algún centro neurálgico de poder.

Todo ello comporta un profundo proceso de “despacificación social” que supone tres dimensiones de fuerte violencia física y/o simbólica: la estructural del desempleo, la estatal intermitente y la de los vínculos cotidianos (Wacquant, 2001). En ese marco es que puede leerse el afianzamiento de medidas represivas por parte de algunos estados, legitimadas por una parte de la ciudadanía que sumida en la inmediatez exige medidas urgentes y excepcionales con tal de que su problema de inseguridad sea resuelto. Estas exigencias se extreman, retroalimentadas en los medios masivos, cuando los gobiernos intentan tomar medidas que suponen algún grado de independencia respecto de la política hegemónica de EEUU en la región. La “seguridad” se transforma así en una demanda infinita por parte de la ciudadanía y viene a “consensuar” una agenda impuesta por los organismos internacionales que fundamentalmente desde Septiembre de 2001 han declarado una guerra en nombre de la paz y la libertad; en nuestro continente la encarnación del enemigo, como se dijo más arriba, se reifica en la criminalización de los pobres y de los jóvenes; tal reificación se asienta en la inmensa incertidumbre creada para todos por un modelo económico basado en la constante flexibilidad de objetos, procesos y sujetos .

Notas

(1) "Denegación se usa en todo el artículo en el sentido de negación de existencia de una cosa, proceso o atributo.

(2)"La gobernabilidad de la democracia", informe del Grupo Trilateral, citado en Corbalán, 2003: p.42

(3) "Asesinato" que no casualmente ahora es relatado como "suicidio", con todo el peso que esta palabra conlleva en la descripción de un proceso histórico como el de Chile y América Latina en esos años.

(4) Se toma aquí el término "ubuesco" en el sentido de Michel Foucault: como lo ridículo utilizado como herramienta de poder, lo ridículo o el ridículo forman parte de una farsa que, por increíble y absurda, profundizan la impunidad de quien ejerce el poder (Foucault 1974-1975)

Bibliografía y Fuentes

- Anderson, Perry 2000 (1998) *los orígenes de la posmodernidad* (Buenos Aires: Anagrama).
- Auyero, Javier 2000 (1999) "Mister Bratton comes to Buenos Aires" en Wacquant Loïc, *Las cárceles de la miseria* (Buenos Aires: Manantial).
- Banco Mundial 1997 *El estado en un mundo en transformación*, Washington D.C.
- Banco mundial 1999 *Informe sobre el desarrollo mundial. El conocimiento al servicio del desarrollo* Washington D.C. 1998/1999.
- Banco Mundial 1999/2000 *Informe sobre el desarrollo mundial*. Washington D.C.
- Banco Mundial 10 de Enero de 2000 *gestión de riesgo Social en Argentina. Elaborado por el grupo de protección Social del departamento de desarrollo humano Oficina regional para América latina y El Caribe. Banco Mundial*
- Boiral, Olivier "El más poderoso grupo de análisis e intervención política mundial. Treinta años de la Comisión Trilateral". *Le Monde diplomatique*. N° 18, noviembre 2003, edición Colombia.
- Bosoer y Leiras 1999 "Posguerra fría, "neodecisionismo" y nueva fase del capitalismo" en Borón et al *Tiempos violentos* (Buenos Aires: EUDEBA- CLACSO).
- Corbalán, María Alejandra 2003 *El Banco mundial. Intervención y disciplinamiento. El caso argentino, enseñanzas para América latina* (Buenos Aires: Biblos)
- Comisión bipartita sobre Centroamérica 1983 *Informe de la Comisión Bipartita sobre Centroamérica*, con Prefacio de Henry Kissinger (Buenos Aires: Atlántida)
- Donzelot, Jacques 1994 *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques* (Paris: Éditions du Seuil).
- Fernández Pedemonte, Damián 2001 *La Violencia del relato: discurso periodístico y casos policiales* (Buenos Aires: La Crujía)
- Foucault Michel 1991(1978) "Nuevo orden interior y control social", en *Saber y Verdad* (Madrid: Editorial La Piqueta)
- Gaarland, David (1996): "The Limits of the Sovereign State. Strategies of Crime Control in Contemporary Society", en: *The British Journal of Criminology*, Vol. 36, N° 4. London; págs. 445-471.
- García Silberman, Sarah y Ramos Lira, Luciana 1998 *Medios de comunicación y violencia* (México FCE)
- González Casanova, Pablo "Democracia, liberación y socialismo" en "OSAL" N°8, Septiembre de 2002, (Buenos Aires: CLACSO).
- Hall, Stuart 1998 "El problema de la ideología marxismo sin garantías", en *Doxa* N° 18
- Michaud, Yves 1989 *Violencia y Política* (Buenos Aires: Sudamericana)
- Murillo, Susana, Coordinadora, 2003 "Sujetos a la Incertidumbre. Transformaciones sociales y construcción de subjetividad en la Buenos Aires actual". Coordinadora, Centro Cultural de la Cooperación Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires, 2003 .

ISBN 950- 860- 129- 9 (478 páginas).

- Murillo, Susana (Coordinadora) 2004 "Contratiempos. Espacios, subjetividades y proyectos en Buenos Aires". Coordinadora. Centro Cultural de la Cooperación Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires . En prensa.

- Reagan, Ronald 1983 "Orden ejecutiva. Comisión Bipartita para Centroamérica", Informe de la Comisión Bipartita sobre Centroamérica , (Buenos Aires: Atlántida).

- Seoane, José y Algranati, Clara "Los movimientos sociales en América latina. Entre las convergencias y el neoliberalismo armado", en OSAL N° 8, Septiembre de 2002, (Buenos Aires: CLACSO).

- Seoane, José y Taddei, Emilio 2003 "Movimientos sociales, conflicto y cambios políticos en América latina" en OSAL N° 9 , Enero de 2003 (Buenos Aires: CLACSO).

- Zuluaga Nieto, Jaime 2003 "Colombia. Entre la democracia y el autoritarismo" en OSAL N° 9 , Enero de 2003 (Buenos Aires: CLACSO).

- Wacquant, Loïc 2001 *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (Buenos Aires: Manantial)

- Žižek, Slavoj 2003 (1994) "El espectro de la ideología" en *ideología un mapa de la cuestión*(Buenos Aires: FCE).

Autor: Susana Murillo